ESCENA VII

El EMPERADOR, la PRINCESA ELENA, el PRÍNCIPE MAURICIO, la PRINCESA MARGARITA, el PRÍNCIPE ALEX, la CONDESA DE ROSEMKRANK y la BARONESA DE ROSEMBERK.

PRINCESA ELENA

¡Querido tío!... ¡Señor!...

EMPERADOR

No me abraces. (*A los Príncipes.*) ¿Quién os ha mandado venir?

PRINCESA ELENA

Dejadlos. ¡Me quieren tanto!... Como yo á ellos. Ya veis, todos me quieren todavía; me aclaman en las calles; nadie ha olvidado á Elena, á la Princesa Bebé, como me llamaban todos, porque era un tiempo en que yo era la alegría de este Palacio; aquí se quedó toda, con todos mis cariños. ¿Verdad que me queréis mucho? Tú, Margarita, pobre niña á quien deseo toda la felicidad que yo no hallé en la vida, que no dispongan de tu corazón como dispusieron del mío. Sé inflexible si tratan de unirte á un hombre á quien no amas ni puedas amar nunca.

PRINCESA MARGARITA

Elena, Elena, yo no quiero que llores; yo no quiero que te vayas de aquí.

EMPERADOR

Basta, Condesa; lleváos á los Príncipes...

CONDESA

Ya oís, Altezas...

EMPERADOR

Elena y yo tenemos que hablar por última vez.

PRINCESA ELENA

¿Por última vez? Sois inflexible.

PRÍNCIPE MAURICIO

El abuelito está muy enfadado.

PRÍNCIPE ALEX

¿Y llegarán hoy los juguetes que me has traído?

PRINCESA ELENA

Sí, sí; ya veréis. Un automóvil; un campamento, con soldados que andan, y cañones que disparan.

PRÍNCIPE ALEX

Te quiero mucho.

CONDESA

Vamos.

PRINCESA MARGARITA

¡Abuelito!...

EMPERADOR

¿Qué es esto? Hoy no saldréis en todo el día de vues-

tras habitaciones. Basta de llantos. *(Salen los Príncipes y la Condesa Adelaida.)*

ESCENA VIII

El EMPERADOR, la PRINCESA ELENA y la BARONESA DE ROSEMBERK

PRINCESA ELENA

¡Señor!

EMPERADOR

¿A qué has venido? Me supones tan débil, que todas esas lágrimas, aunque fueran de arrepentimiento, puedan hacerme olvidar lo que debo al honor de nuestro nombre. Aunque no te juzgara como Emperador, solo como jefe de nuestra familia, tendría que decirte lo que ya sabes... has muerto para mí.

PRINCESA ELENA

Sois muy cruel. Os he pedido consejo, protección, os habéis negado á escucharme. ¿Porqué os opusísteies á mi divorcio?

EMPERADOR

¡Un divorcio en nuestra familia!

PRINCESA ELENA

¿No son iguales para todos las leyes de vuestro Imperio? Con más razón debo yo invocarlas, ya que me casásteis contra mi voluntad.

EMPERADOR

Con un Príncipe digno de amor.

PRINCESA ELENA

Baronesa, habéis sido testigo de mis sufrimientos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARONESA

¡Pobrecita señora! ¡Pobrecita!

PRINCESA ELENA

Sabíais bien que el Príncipe era un hombre brutal; conocíais mi corazón; sabíais que no podía ser dichosa á su lado.

EMPERADOR

El cumplimiento del deber es una dicha que nunca puede faltarnos, y solo depende de nosotros. Quizá sea la más difícil de lograr; por eso mismo es la más digna de los que por mala ó por buena suerte nacimos en elevada cuna.

PRINCESA ELENA

Sois hombre y Soberano, y podéis hallar en nobles, ambiciosas y altas empresas, compensación á todo. Para un corazón de mujer nada tiene sentido en la vida, ni el deber, ni la ambición, ni el sacrificio, ni preceptos de moral, ni la misma fe religiosa, si no es el amor .. que sin hablarnos nunca de deberes, ni de obligaciones, ni de sacrificios, ni ordena ni castiga, y todo lo consigue solo por ser amor. ¿Y queréis condenarme á vivir sin amor toda mi vida? Aún es posible que una mujer pueda resignarse á vivir sin ser nunca amada; ¡pero sin

amar! ¿Cómo puede vivir? Yo hubiera cumplido mis deberes de esposa con el Príncipe, si su única falta hubiera sido no amarme; pero bien lo sabéis, es un hombre grosero, indigno, que no podía inspirarme ni compasión siquiera, ni lástima, el último refugio del corazón para cumplir deberes de amor, cuando todo amor falta.

BARONESA

Es la verdad, señor, es la verdad. ¡Pobrecita señora!

EMPERADOR

Después hablaremos, Baronesa. Fué un gran acierto destinaros al lado de la Princesa Elena. Habéis sabido velar por su decoro.

BARONESA

¡Señor!

EMPERADOR

Debí informarme mejor de vuestra vida pasada.

BARONESA

¡Señor! ¡Alteza! ¡No puedo, no puedo oirlo! ¡Insultada, ultrajada! No puedo contestaros; sois el Emperador... Pero es indigno, insultáis á la Baronesa de Rosemberk.

PRINCESA ELENA

Tranquilizáos. ¡Señor, sois injusto con la pobre Baronesa!

BARONESA

¡Es horrible, horrible! ¡Así se pagan mis leales servicios! ¡Yo, que he sacrificado todo por servir á Vuestra Majestad! Su Alteza os dirá cómo la aconsejaba yo

siempre. No diré que Su Alteza no haya cometido errores y locuras que yo solo puedo lamentar, pero no sabéis las que hubiera cometido si yo no hubiera estado á su lado para contenerla. Sin mí, se hubiera escapado dos meses antes.

EMPERADOR

Si creéis que con ese retraso hemos ganado algo...

BARONESA

Y Vuestra Alteza puede deciros que, así como en el asunto de su divorcio me ha tenido siempre de su parte, respecto á los amores con el caballero Rosmer siempre halló en mí la mayor oposición.

EMPERADOR

Por eso era en vuestra casa donde se veían.

BARONESA

Cuando ya no tenía remedio, señor; por evitar mayores escándalos.

EMPERADOR

Y la fuga, digno remate de la aventura, ¿quién la facilitó?

BARONESA

La Princesa amenazaba con suicidarse, estaba loca. ¿Y qué deciros, señor? Yo adoro á la Princesa...

PRINCESA ELENA

¡Mi buena amiga! Y mi gratitud será eterna.

BARONESA

Ya lo veis, se me insulta, pierdo la gracia del Empe-

rador... El honor de una Rosemberk puesto en duda. El Emperador habla con reticencia de mi vida pasada, una vida de virtud ejemplar. Solo me queda el cariño de Vuestra Alteza... ¡Princesa de mi corazón!

PRINCESA ELENA

¡No os faltara nunca, Baronesa de mi alma!

EMPERADOR

¡Por vida! No hay paciencia. Sois insoportable, Baronesa. No volváis á presentaros en la Corte bajo ningún pretexto. Concluyamos de una vez. Tus pretensiones serán, sin duda, como las de tu primo, otro héroe de una novela de amor; pero por lo visto confiáis poco en el amor para asegurar vuestra felicidad, y pretendéis seguir disfrutando de vuestra asignación como Príncipes, ¿no es eso?

PRINCESA ELENA

Me ofendéis. Mi única pretensión es que se admita mi demanda de divorcio, que pueda yo disponer libremente de mi corazón.

EMPERADOR

¿Después del escándalo de la fuga? ¿No sabes que nada conseguirás? El caballero Rosmer es tu cómplice, la misma ley se opondría á tu matrimonio con él.

PRINCESA ELENA

No es cierto. El caballero Rosmer era el secretario del Príncipe, y como tal me acompañó en mi viaje. Yo no le amaba entonces... La Baronesa puede asegurarlo.

BARONESA

Lo juro por todos mis antepasados.

EMPERADOR

Y yo no lo creo, Baronesa. Terminemos: el escándalo producido en el mundo entero por vuestras locuras, el borrón indeleble que habéis arrojado sobre nuestra dinastía, sin contar con las perturbaciones morales y políticas que padece el Imperio por culpa vuestra, imponen la mayor severidad en el castigo. Princesa Elena: para merecer el perdón solo os queda un medio. Seréis declarada falta de juicio, y recluída durante algún tiempo, según vuestro comportamiento, en alguno de los sitios reales.

PRINCESA ELENA

Gracias. Si soy culpable quiero ser responsable de mis culpas. ¿No tenéis otro medio para enmendarlas? Francamente, no comprendo vuestro modo de velar por el buen nombre de la familia. Yo creo que siempre será mejor garantía para el Imperio saber que somos capaces de enamorarnos en nuestro cabal juicio, que no incapaces de todo por imbéciles ó por locos. Si empezáis á declarar locos en la familia tenéis para rato, y no es seguridad para los pueblos la de estar gobernados por una familia en que haya tanta gente sin juicio.

EMPERADOR

¿Aún te burlas?

PRINCESA ELENA

No, no me burlo. Comprendo que hice mal en acudir al corazón de quien nunca lo tuvo.

EMPERADOR

¡Insolente! ¡Lejos de mí! ¡Lejos de Suavia!

PRINCESA ELENA

Sí, lejos de aquí los que buscamos la verdad de nuestra vida en la verdad de nuestro corazón, los que no supimos aprender á vuestro lado y al de los Príncipes que seguirán cerca de vuestro trono, y dignos de vuestro afecto, á guardar hipócritas las apariencias del amor y del respeto, por lo que ya no se ama ni se respeta. Queden aquí con todos sus honores el Príncipe Miguel, que no se casará con una actriz como el Príncipe Esteban, pero está en relaciones con tres ó cuatro; la Princesa Leonor, que no pretenderá divorciarse, porque nada mejor que un marido para disimular el horror al matrimonio; la Princesa Clotilde, á quien para nada le estorba el suyo... Esas son las virtudes oficiales, las que no escandalizan ni ponen en peligro la tranquilidad del Imperio. Yo no soy así; y tenéis razón, hice mal en acudir á vuestras leyes cuando puedo invocar la ley de mi propia conciencia. ¡Qué locura! ¡Pedir á los demás lo que está en nosotros mismos!... ¿Para qué intentar revolucionar el mundo? Basta con revolucionar nuestro espíritu. Oidlo: en este momento, yo, la Princesa Elena, acabo de sentirme feroz anarquista. El mundo, vuestro Imperio, la sociedad entera con sus leyes, con su moral, con sus mentiras... quede todo conforme estaba, que nadie intente destruirlo... Hay gentes que no sabrían vivir de otra manera... Pero dentro de mí, en mi vida, acaba de estallar una bomba que ha hecho saltar en mil pedazos todo ese mundo con todas sus leyes y todas sus mentiras... Salgamos

de aquí, Baronesa... *(Salen la Princesa Elena y la Baronesa.)*

ESCENA IX

El EMPERADOR, después el CANCILLER

EMPERADOR

¡Todo se desquicia... me ahogo!...

CANCILLER

¡Señor!

EMPERADOR

El Príncipe Esteban y la Princesa Elena saldrán hoy mismo de Suavia sin pretexto para dilatar una hora su permanencia en la Corte. Suspended el Consejo citado para hoy. ¿Había algún asunto urgente que resolver?

CANCILLER

La ley de reformas sociales.

EMPERADOR

¡Buena ocasión para promulgarla! ¡Para dar que reir! ¡Pretender reformar la sociedad cuando mi casa y mi familia anda como ve todo el mundo!... ¿Y qué más?

CANCILLER

Nada más de importante. Vuestra firma al decreto concediendo una pensión á nuestro gran poeta.

EMPERADOR

¿Poeta? Poetas, filósofos, escritores, esos tienen la culpa de todo. Esos son los que trastornan las ideas y perturban las inteligencias; locos, indisciplinados; no me habléis de poetas. ¡Ah! Y esa canción estudiantil que celebra los amores de la Princesa, que no vuelva á oirse... ¿La sabéis por casualidad?... ¿Qué dice?

CANCILLER

No la recuerdo... No tiene mérito alguno... Aconseja á la Princesa que desprecie á la Corte y á los cortesanos; que entre los estudiantes y los enamorados hallará su verdadera Corte... el reino del amor... desatinos...

EMPERADOR

Ya veo... ¿Y dice algo de mí?

CANCILLER

Nada de particular. El estribillo: Deja al viejo Emperador qué sabe él lo que es amor...

EMPERADOR

¿Qué sabe él lo que es amor?... Bien está, retiráos... Necesito descanso... ¡Ah! ¡Cuidad de la prensa! La hemos dejado demasiada libertad en estos tiempos.

CANCILLER

Ya hemos acordado lo que debe hacerse. Descansad, señor...

EMPERADOR

Buenas noches. *(Sale el Canciller.)* El viejo Emperador... ¿Qué sabe él lo que es amor?

FIN DEL ACTO PRIMERO

PERSONAJES DEL SEGUNDO ACTO

EL PRÍNCIPE ESTEBAN.
LA PRINCESA ELENA.
LA CONDESA DIANA DE LYS.
ELSA KENISBERG.
LA BARONESA DE ROSEMBERK.
EL CONDE DE TOURNERELLES.
EL CABALLERO ALBERTO ROSMER.
MR. DE CHANTEL.
EL MAESTRO WULF.
MAD. CLEMENCIA WILF.
GODOFREDO WILF.
LA REINA DE SABA.
LA DUQUESA DE ARCOLE.

Acompañamiento.

En una estación de invierno, entre Italia y Francia.
Gran salón en el Casino.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DIANA DE LYS, La REINA DE SABA.
Acompañamiento.

DIANA

Es casualidad; dos años seguidos me sucede lo mismo. En el momento de verte, acierto un pleno. Es el primero que acierto en toda la temporada. ¿Vienes de París?

REINA

Dando un rodeo.

DIANA

¿Cuándo has llegado? Leo todos los días las listas de viajeros.

REINA

Es que ahora han dado por llamarme con otro nombre. Desde que representé el invierno pasado en Olímpia la pantomima «La Reina de Saba»... Tú viajabas entonces por Italia. ¡Un éxito loco! Tanto como tú cuando hiciste el «Baño de la *parisienne*», pero yo me desnudaba más veces; la última, sobre todo, delante de